



Cristina Villanueva
Desplegando velas

La cuarta ola feminista ya está aquí, ¡súbete a ella!

Prólogo de Jordi Évole


ESPASA

CRISTINA VILLANUEVA

DESPLGANDO VELAS

La cuarta ola feminista ya está aquí, ¡súbete a ella!

Prólogo de Jordi Évole



© Cristina Villanueva, 2019
© Jordi Évole por el prólogo, 2019
© Noelia Jiménez por el glosario, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 3.854-2019
ISBN: 978-84-670-5461-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Cayfosa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

PRÓLOGO: MUJERES INVISIBLES, de Jordi Évole	13
1. LA SAL	17
2. HERIDAS DE GÉNERO	21
3. PONIENDO NOMBRES	37
4. LA NIÑA SE HACE MAYOR	49
5. LO QUE RESTA	63
6. SEXISMO, ACOSO Y VIOLENCIA	79
7. MALA MADRE	95
8. ADIÓS, MUJER 10	109
9. EDUCA COMO PUEDES, PERO EN CLAVE FEMINISTA	127
10. MÁS VALE BIEN ACOMPAÑADA	145
11. MANIFIESTO INTELECTUAL	157
12. DESPLEGANDO VELAS	171
AGRADECIMIENTOS	181
GLOSARIO, de Noelia Jiménez	183

1

LA SAL

No sé muy bien en qué momento pasó. ¿Cuándo te das cuenta de que todo se va a la mierda? La vida está llena de proyectos, sobre todo en los años de juventud. Creo que la mente adolescente es capaz de producir veinte mil sueños por minuto y visualizar futuros tan dispares que solo en la imaginación congenian y tienen sentido.

El mar ha sido siempre el testigo de mi efervescencia, el bullir de la sangre, de las ideas y de las palabras. Testigo también de la decadencia. Cuando las ilusiones se rompen. Recuerdo la sal metiéndose en los huesos a través de la piel, el cuerpo se hiela y el corazón se acelera, noto la sal en la boca, recorre las mejillas para morir en los labios. Ni siquiera me había dado cuenta de las lágrimas, pero ahí estaban recorriendo mi cara. En aquel instante, en una noche de primavera frente al mar que tantas veces me ha visto reír, mi yo se desvanecía. Simplemente no sabía quién era, cuáles eran mis sueños o en qué había convertido mi presente. Empecé a notar la ausencia de mi pasión por las cosas, la inocencia

de los años jóvenes y la pseudoignorancia. Volví a lamer las lágrimas ya en la comisura de los labios. La Sal. Es destructora. Puedes matar un olivo milenario solo con sal. Poco a poco se mete en la tierra, en sus raíces, y convierte el suelo en algo inerte, improductivo. La sequedad estrangula la savia y al árbol. Lo seca desde dentro hasta tragarse la última gota de vida. La sal es, a la vez, un mineral necesario para la vida. Y ahí reside todo. El equilibrio. La aceptación de que no hay vida sin muerte, ni alegría sin tristeza.

Mi carrera empezó pronto. Con veintiún años me senté frente a Pedro Barthe, periodista deportivo referente en el mundo del baloncesto, para mí una voz inalcanzable que jamás esperé que se hiciera realidad, pero ahí estaba frente a mí: el hombre, no la versión imaginada. Escondí la cabeza entre los hombros y la pantalla del ordenador. Creo que a él le divirtió mi vergüenza y mis respuestas balbuceantes ante una conversación de bienvenida que pretendía ser cálida, pero de la que solo recuerdo esa sensación paralizante. Aquel día me prometí que no volvería a agachar la cabeza. No conseguí cumplir esa promesa pero luché contra esa sensación, producto de una educación de respeto servil hacia los mayores, pero, sobre todo, de una educación, una sociedad y una cultura que coloca a la mujer siempre tras un hombre. Aunque de eso me daría cuenta mucho tiempo después.

Todo va muy rápido hasta que la vorágine se detiene y la vida te obliga a cambiar el paso. A mí me pilló desprevenida. La frenada en seco me sacudió los sentidos. Había vivido sin detenerme un solo instante, empujada por la inercia del tra-

bajo, el éxito embriagador, la familia, el entorno. Cuando me busqué no supe encontrarme. Aquellas lágrimas no eran más que la despedida de una etapa acabada, el adiós a mis sueños, en parte ya cumplidos. El miedo a un nuevo comienzo personal. ¿Dónde estaba mi yo? Ahora sé que estaba ahí y yo andaba perdida.

En aquel momento dejé que las olas del mar acariciaran mi mente. Su vaivén acompañó mi respiración..., las lágrimas cesaron y el mar me insufló vida. La Sal no acabaría con mi última gota de pasión. Me llenaría de su vitalidad para que la salmuera sanara las heridas aun sabiendo que podría ser un proceso doloroso. Volvía a tener un plan. ¿Por qué nacen heridas tan profundas? Este es un proceso de aprendizaje interior: son heridas de género; estaban ocultas en mi mente, por primera vez se habían hecho conscientes, y dolía.

2

HERIDAS DE GÉNERO

Una noche más volví del trabajo con un gran sentimiento de culpa provocado por el placer de desentenderme de mi bebé durante todo el fin de semana. Oooh, sí. ¡Qué horror! Una madre disfrutando de volver al trabajo por el que ha luchado toda su vida hasta ese momento. Mi profesión, mi futuro, siempre había sido mi prioridad. ¿Y de quién no? A mí nunca me han dicho que me prepare para ser madre porque se da por hecho que lo serás y que no hay nada que aprender. ¡Tremendo error! ¡¿Se puede saber quién inventó las normas?! Te preparas para tu futuro. Estudias para poder abrir el abanico de oportunidades laborales y para escoger algo que te guste lo suficiente como para que el hastío no te machaque la mente durante el resto de tu vida... Y entonces, eres madre, y necesitas reestructurarte o reprogramarte como si a tu disco duro le faltara un programa nuevo o la última versión actualizada. Necesitaba algo, ni siquiera sé muy bien el qué, pero estaba empezando a dominarme el pánico.

Ahí estaba yo —ideal, maquillada y peinada por profesionales de televisión, con un aspecto increíble— cogiendo a mi bebé de la cuna en que se acababa de despertar por la noche. Me sonrió y yo la alcé con mis brazos para festejar nuestro encuentro después de tantas horas separadas. Y lo noté, estaba a punto de vomitar. Llegué a tiempo de salvar las sábanas y poco más. Es horrible tener que cambiar toda la cama, al bebé, fregar el suelo y ventilar en mitad de la noche, la verdad. En aquella ocasión solo yo salí perjudicada. Noté cómo había calado la ropa hasta alcanzar mi piel. Ese olor intenso, casi ácido, se metió en mi cabeza y permaneció durante horas, incluso después de la ducha y el gel y las cremas olorosas que intentaron camuflar el desastre. Me quedé riéndome en la habitación por lo absurdo de la situación. La imagen artificiosa de una mujer de éxito, empapada en vómito. Asqueroso, y estaba feliz porque había salvado lo más importante: las sábanas.

No sé si fueron las noches sin dormir o esa culpa acuciante o que sentí que me miraban diferente tras la maternidad, pero la sensación de fracaso lo empezó a impregnar todo. Sentí que el tiempo de mirar hacia otro lado había terminado, que tocaba adentrarse en terrenos delicados, de esos de los que huyes con mil excusas peregrinas. Yo tenía preguntas, pero no las formulaba porque no quería conocer las respuestas. O mejor dicho, no estaba preparada para conocerlas, todavía.

Ahora que me he adentrado en ese terreno delicado quiero compartir mis hallazgos. No es por altruismo, esa idea de

que tienes que dar algo a cambio por los regalos en tu vida. Eso está descartado. El altruismo es la última moda, bueno, lo era la década pasada. Ahora lo que está de moda es ser feminista. Pero tampoco escribo este libro por esa razón. Al contrario, hace más de cuatro años que decidí emprender este viaje. Y qué vergüenza, me han adelantado por la izquierda y por la derecha. En este tiempo han aparecido los movimientos #MeToo, «Time's Up», «Yo sí te creo», las galas del cine teñidas de negro y reivindicaciones, y veinte mil famosas que ya han escrito un libro y se han convertido en altavoces y paradigma de todas las mujeres del planeta. No es lo que quiero. Lo único que busco es una redención personal. Esto es un viaje al centro de mi Yo. Y si le sirve a alguien más, ¡pues estupendo!

Está claro que algo está pasando y me niego a pensar que se trate de una moda. El neofeminismo es la respuesta a una situación de cierta asfixia, a un grito silenciado durante años. Es una demanda social, una inquietud global que exige respuestas personales y conjuntas, y que señala a los gobernantes reclamando soluciones. El parón institucional ante la desigualdad es alarmante.

Durante años, mi síndrome del impostor, algo así como sentirse un fraude durante el ascenso en tu carrera y ante los halagos, me ha impedido erigirme en voz autorizada o pretender sentar cátedra o decirle a las demás lo que tienen que pensar. No me atrevía —y aún dudo— a escribir un libro

porque sentía que mis opiniones no eran lo suficientemente importantes como para dejarlas por escrito. Así que, desde un punto de vista muy egoísta, tenerlo ahora en mis manos es un modo de decirme a mí misma: «Yo Sí Puedo». He tardado demasiado, pero lo he conseguido. En tiempos de mi madre, no pasaba nada por dejar un asunto inacabado. Te ibas y ya no volvías, nadie pensaba que eso fuera un problema. Ahora existe la necesidad de cerrar un capítulo. Y aquí estoy, cerrando uno de mis capítulos.

La primera vez que oí hablar del síndrome del impostor fue en una reunión de altos ejecutivos en una gran compañía. Y fue un hombre quien me adentró en esta búsqueda de las palabras. Aquel conferenciante estaba atónito después de participar en unas charlas sobre liderazgo femenino. Por primera vez la visión que tenía de las mujeres incluía una esfera nueva, desconocida para él. Paradojas de la vida, desconocida también para las propias mujeres. El síndrome del impostor es la sensación de que uno está dando gato por liebre y que en cualquier momento te descubrirán.

El exitoso escritor de fantasía Neil Gaiman confesó sentir esa sensación en el discurso de graduación que pronunció en la University of Arts de Filadelfia: «Yo, por ejemplo, estaba convencido de que en algún momento llamaría a mi puerta un señor armado con una libreta para decirme que hasta allí había llegado la comedia, que me habían pillado *in fraganti* y que ahora debía encontrar un trabajo de verdad, uno que no consistiera en inventarse cosas y escribirlas o en leer los libros que uno quiere leer. Entonces me iría con el rabo

entre las piernas en busca de un empleo donde no hubiese ni un solo motivo para fantasear»¹. El síndrome del impostor lo padecen hombres y mujeres, no es una cuestión exclusiva de género, aunque la incidencia es más alta entre las mujeres.

En esto del neofeminismo estamos todos, hombres y mujeres. El problema de hablar de estas cosas es que generalizamos y metemos en un saco a todos los hombres y en otro a todas las mujeres. Y claro, lo que sí somos todos, hombres y mujeres, es seres irrepetibles. Así que vamos a generalizar, aun a riesgo de equivocarnos en las particularidades; eso ya se queda para cada uno de los lectores.

Lo más importante que he aprendido en este viaje al centro de mi Yo es que las etiquetas no te pueden frenar. De ahí la importancia de superar los estereotipos y de saber reconocer la discriminación machista que impregna el imaginario colectivo, también el de las mujeres, y que es inconsciente. La realidad es que ser mujer resta y ni siquiera nos lo han dicho.

Hay varios estudios estadounidenses que analizan el fenómeno. Uno publicado en 1999 y realizado por la Universidad de Wisconsin-Milwaukee y otro posterior de la Universidad de Stanford con idénticas conclusiones: a la hora de contratar, los hombres están mejor considerados que sus análogas femeninas. A mismos méritos, a ellos se les contrataba con mayor frecuencia y sus currículos se valoraban más posi-

¹ *Errores infalibles para (y por) el arte*, Malpaso Ediciones, Barcelona, 2015.

tivamente. El experimento se tituló: «¿Por qué John consigue mejores contratos que Jennifer?». 127 sujetos recibieron varios currículos iguales en los que solo variaba el género del nombre del solicitante. Tanto hombres como mujeres recompensaron en mayor grado a los candidatos varones. A iguales méritos, ellos recibían una percepción mayor en su competencia y empleabilidad. Esto les ocurría a todos los voluntarios del experimento. Es decir, ellas también infravaloraban a las candidatas femeninas. Pese a que la evidencia marcaba una diferenciación por género, los evaluadores de la simulación, hombres y mujeres, nunca achacaban sus notas al prejuicio hacia las candidatas femeninas por razones sexistas, sino apelando a justificaciones de valía. Simplemente les parecía que ellas eran menos competentes que ellos.

Los estudios, ensayos y experimentos no dejan lugar a dudas. Los hombres no necesitan hacer acopio de grandes logros porque su ascenso profesional viene dado por el potencial futuro que se ve en ellos solo por ser hombres. En cambio, nosotras, las mujeres, debemos demostrar y aportar nuestros logros. De ahí que siempre digamos, con cierto cansancio moral, que las mujeres debemos trabajar el doble y demostrar el triple nuestra valía. Ahora tenemos base científica y estadística para afirmar que hombres y mujeres no ocupamos la misma posición de salida. Las cuotas son una herramienta que trata de corregir esta desigualdad y colocar a ambos en el mismo punto de partida. El debate de las cuotas es molesto, porque nos resta méritos. Su aplicación ha sido nefasta, y las mujeres sienten que su promoción o ascenso se

debe meramente a cuestiones de género sin importar los méritos demostrados. Ana María Llopis, con dos décadas de experiencia en consejos de administración de multinacionales y presidenta de Dia desde 2011 a 2018, reconocía que su entrada en el consejo de administración de Société Générale fue por cuota, y a n a: «Y me importa un comino». Nadie duda de su calidad ni profesionalidad; durante años ha demostrado su talento en la alta dirección y el liderazgo. Aun con sus incorrecciones, las cuotas son el único mecanismo conocido capaz de darnos impulso en el suelo pegajoso que nos atasca y resquebraja el techo de cristal.

Ha llegado el momento de afrontar la realidad. La promesa de igualdad no es lo mismo que la igualdad real. El sistema prefiere que seamos profesoras de instituto (se accede por méritos) a universitarias; solo el 18 % de las catedráticas son mujeres. El sistema prefiere que escribamos sobre temas culturales y sociales, pero no en la sección de opinión; solo el 21 % de las columnistas son mujeres. El sistema nos deja al margen de los puestos de poder; solo el 20 % de los puestos directivos los ocupa una mujer, cifra que baja hasta el 17 % en puestos del Ibex y al 4 % si nos referimos a directoras generales. Y eso que un 27 % más de mujeres que de hombres acaba una carrera universitaria o que por cada 100 alumnos varones matriculados hay 116 mujeres. Hay una larga lista de cifras cuya conclusión es que el sistema nos obliga a mirar el dedo que señala la Luna, pero nunca a alcanzar la

Luna. De ahí la importancia de que haya más mujeres en puestos de poder conscientes de las barreras que hay que romper. Y aun así, me temo que no será suficiente para superar ese machismo inconsciente de todos, hombres y mujeres.

Ese es el techo de cristal, el mismo que llamamos suelo pegajoso, una imagen muy visual de la que me habló la cineasta Icíar Bolláin. Cada mujer visualiza ese techo de cristal con algún símil. Me deleité con la escena que dibujó la presidenta del Congreso, Ana Pastor, en un discurso sobre las mujeres. Confesó cómo una compañera de partido le advirtió de que llevaba siempre una carretilla boca arriba. De esa manera facilitaba que cada vez que un hombre pasara a su lado le metiera un ladrillo. Así, su carretilla se volvía pesada mientras los demás seguían su camino rápidos y ligeros. Con esos ladrillos construimos nuestro muro de cemento. Al ser nosotras las constructoras, podemos ser nosotras mismas las encargadas de derribarlo, y esa es la buena noticia. Ese muro o techo de cemento, como ya lo denominan numerosos estudios, está formado por varias líneas de ladrillos que impiden nuestro crecimiento: el perfeccionismo y la autoexigencia inalcanzable de la «Mujer 10». La dificultad en delegar para intentar controlar el proceso y que sea todo lo perfecto que queremos. Una incapacidad para negociar nuestros ascensos debido al síndrome del impostor y al perfeccionismo. La falta de *networking*, es decir, participar en eventos de tipo formal o informal, en los que poder construir una red de contactos que generen oportunidades. Es una práctica común en el mundo empresarial que muchas mujeres aborrecen, por-

que queremos llegar a todo y creemos que es una pérdida de tiempo.

Tenemos que ser conscientes de ese muro de cemento y deconstruirlo ladrillo a ladrillo, fila a fila. Debemos ser conscientes de las diferencias que nos hacen valiosas para la sociedad y para ejercer el poder, vetado desde tiempos ancestrales a las mujeres. Ya se está hablando de un liderazgo en femenino. Estudios de productividad empresarial destacan el aumento de resultados en un 18 % al incorporar a las mujeres en los órganos de dirección. Ese liderazgo es más moderno y abierto. Tiene en cuenta a las personas del equipo y cuida sus necesidades, por lo que potencia el bienestar de todos generando como contrapartida mayor compromiso e implicación con la empresa. Ese liderazgo en femenino, del que también pueden hacer acopio los hombres, se distancia cada día más de la masculinización del éxito.

Hasta ahora el poder y el éxito están impregnados de una historia de hombres triunfadores. Las mujeres no estamos obligadas a reproducir ese éxito estereotipado; tampoco los hombres. Al contrario, hay que ser capaz de redefinir un término que ha estado, por su historia, desposeído de la contribución femenina. Hasta hoy las mujeres triunfadoras debían parecer hombres, un yugo que además de pesar las ha obligado a renunciar de forma dolorosa a parte de su verdad, de su sentir personal o sus deseos. Descubrí lo duro y caro que les ha costado el éxito a mujeres relevantes de hoy, un camino que merece la pena ser contado para que las mujeres del futuro no lo reproduzcamos.